

Prof. José Marín Riveros
Instituto de Historia
Facultad de Filosofía y Educación

PRESENTACIÓN ANTE CLAUSTRO PLENO 2011

Monseñor Gonzalo Duarte García de Cortázar
Obispo de Valparaíso y Gran Canciller PUCV

Presbítero Dietrich Lorenz Daiber
Vice Gran Canciller

Sr. Claudio Elórtegui Raffo
Rector

Sr (a). Sergio Salinas Marchant
Presidente del Claustro Pleno 2011

Profesoras y profesores

Hemos vivido ya dos años bastante densos, recargados, marcados por tragedias nacionales que nos hacen mirar la naturaleza y su imperio sobre nosotros de otro modo, y conflictos institucionales que nos obligan a tomar distancia para mirar la universidad, para pensarla y repensarla. Un bienio como para ser recordado. Pues así es: nos ha tocado vivir una época “interesante”. Y ocupo la expresión como lo hacen los chinos, quienes tienen esta maldición: “Ojalá te toque vivir en una época interesante”.

En lo personal, estos dos años son muy significativos, y permítanme compartirlo con ustedes. El 2010 celebré, en mi fuero interno solamente por cierto, mis bodas de plata de vida universitaria, y el 2011 hago lo mismo respecto de mi designación como ayudante de cátedra. Hace 26 años que ingresé a la entonces UCV, y hace 25 que inicié mi carrera académica, lo que significa que más de la mitad de mi vida ha estado ligada a esta querida institución, y he sido testigo de un tercio de su existencia. No es poco. Es tanto como para generar afectos, sentido de pertenencia e identidad. Cuando ingresé en 1985 al Instituto de Historia nunca imaginé siquiera que cinco lustros más tarde seguiría en ella después de haber pasado por todas las jerarquías académicas, desde ayudante alumno hasta Profesor Titular. Gran parte de lo que ahora soy, en esta mirada larga, se lo debo a esta institución. Y estoy agradecido por ello. Este aniversario personal me provoca ciertamente alegrías, pero también preocupaciones.

Me alegra que esta Casa de Estudios sea mi *alma mater*, mi madre nutricia. Le debo a ella mi formación, porque en su seno encontré verdaderos maestros que me inculcaron el valor de la vida académica, la que se puede graficar en tres palabras: *tradición, entrega y tarea*, que dan ciertamente sentido a las labores de *investigación, docencia y extensión*. Entre esos maestros, destaco al Prof. Héctor Herrera Cajas (QEPD), maestro sin igual y cuya trayectoria se confunde con décadas de vida de esta Casa de Estudios; con él tuve la oportunidad (qué digo: el privilegio) de trabajar durante diez años, hasta su sentida muerte. Y puedo evocar también a maestros como don Marco Antonio Huesbe, recientemente distinguido como Dr. Honoris Causa, o don Eduardo Cavieres, Premio Nacional de Historia, y fuera de mi Instituto a don Víctor Constanzo, a doña Giusseppina Grammatico de feliz memoria, a doña

Marianne Peronard, don Albino Misseroni, don Alejandro Guzmán Brito, don Kamel Harire, don Jorge Negrete, don Renato Ochoa, don Juan Antonio Widow, don Joaquín Fernandois, don Eduardo Godoy, doña Marina González, y cómo no mencionar al P. Jorge González, y cuántos otros que representaron y representan lo más prístino de la vida universitaria: el estudio, esto es, la dedicación, el rigor y la disciplina. En fin, toda lista es mezquina, aunque quiera ser representativa. Excusen mis omisiones. Me siento integrado a la *tradición* de la UCV, a su espíritu, a través del legado de grandes maestros que supieron transmitir los valores más preclaros de la vida académica. A ellos mi gratitud infinita.

Me alegra todo eso, pero me preocupan estas preguntas: ¿Era esta Universidad más rica en ese entonces? No. ¿Había más libros en Biblioteca? No. ¿Había más convenios internacionales? No. ¿Tenía publicaciones ISI o Scielo? No. ¿Estaba acreditada? No. Entonces, ¿era mala? Tampoco. Y entonces, ¿qué había? Pues, entre otras cosas, había más tiempo. Tiempo para pensar, reflexionar, conversar, contemplar, escuchar, estudiar, leer, tiempo para formar discípulos. En las clases, en los pasillos, en las oficinas, en un café, en un paseo a pie, y hasta en las casas. No es que sobrara tiempo, naturalmente, pero en la medida que paulatinamente nos llenamos de papelitos y formularios que rellenar, en la medida que no se valora ese tiempo de riquísimo ocio dedicado al crecimiento intelectual del uno y del otro, en la medida que nos consume la burocracia con sus pequeñas metas o sus metas pequeñas –como quieran-, en fin, así es como finalmente se va perdiendo, se va gastando, ese tiempo del que antes se disponía. ¿Dónde está el ítem “tiempo dedicado a reflexionar, contemplar, meditar, conversar y a formar discípulos” en el FAD o en la Acreditación? ¿Por qué hay que justificar cada minuto con un “producto”? ¿Eso -un "producto"- es una tesis, un artículo científico, una pieza musical, una obra de arte, un poema o un proyecto de arquitectura? A lo mejor hacemos un formulario que certifique aquello con la firma de los involucrados, un par de timbres, y con eso baste... Quizá. Y es que me resisto a un lenguaje que rebaja nuestro oficio, porque en la universidad no se produce, se crea. Me resisto a decir "paper" en vez de artículo, y me inquieta el pauperismo del "peiperismo". Todo eso me preocupa. Pero también me alegra saber que la Universidad está preocupada de valorar en forma definitiva y concreta la creación artística de sus académicos, reconociéndola como investigación. Esta es una de las grandes noticias de los últimos días. Se agradece.

A propósito del FAD permítanme un breve excursus: sostengo que es un sistema agotado y que ya tocó techo, y propongo su reemplazo por el DAF, Depreciación Académico Financiera, que consiste básicamente en subir los sueldos de todos al máximo que otorga el FAD, y por doce meses, y rebajarlo luego semestre a semestre si no se cumple con las exigencias propiamente académicas, esto es, investigación, docencia y extensión. Este incentivo, no perder lo que se tiene, pero conservándolo si se merece, puede tener efectos interesantísimos...

Me alegra pertenecer a una gran institución que, además, en los últimos 25 años he visto crecer y consolidarse. Me alegra haber conocido, gracias a un amoroso estudio de doña Etna González, el pensamiento de don Juan Gómez Millas, quien llegó a definir a la universidad como *una flecha lanzada hacia un blanco que está en el infinito*. Notable imagen. Pero me preocupa que se pierda esa perspectiva de futuro y trascendencia, y que el presentismo del ranking y la encuesta nos vuelva ciegos aunque eficientes. La universidad no debe ser ni veleta de las políticas públicas ni vacilar entre un índice tal o cual. La universidad debe estar más allá de la voluble opinión y debe procurar el conocimiento, buscar

incansablemente la verdad, única garantía de libertad: *veritas liberabit vos*. El encuestador se agota en su encuesta y el burócrata en su burocracia; la vida del académico, en cambio, no se agota nunca en la reflexión y el estudio. Ese es aquel blanco que está en el infinito. Allí radica la esencia de nuestra vocación universitaria, inmutable desde hace ocho siglos, a pesar de las reformas y reformas de las reformas. La universidad, no lo olvidemos, ha enfrentado crisis muy profundas en su larga historia.

A propósito de esto, me permito recordar que en esta tribuna hace dos años sostuve lo siguiente: “Tenemos que mantenernos alertas, atentos y vigilantes, pues la barbarie está siempre al acecho, asumiendo distintas formas: frivolidad, liviandad, trivialización, vulgaridad, intervención, relativismo, tibieza, pusilanimidad, etc. No les concedamos más espacio a los bárbaros. Todavía es tiempo”. Lo reitero ahora con fuerza, pero además, me sumo públicamente a la petición de los llamados "horarios protegidos"; yo también exijo horarios protegidos, protegidos de esa barbarie, de la flojera, la irresponsabilidad, la desidia, la pobreza verbal y la pereza intelectual, la liviandad y la inercia, en fin, horarios protegidos, sobre todo, de la tontera.

También me alegra haber aprendido en esta universidad que existen dos palabras claves para entender las relaciones entre académicos y la tradición del saber: jerarquía y autoridad. La jerarquía —y no me refiero en particular a las que regulan por reglamento la carrera académica— supone asumir que hay otros que son más que uno, por su saber, por su obra, por su antigüedad y su experiencia. Puede sonar fuerte decirlo así, pero la jerarquía supone de algún modo reverencia. Indudablemente que es la autoridad lo que le da sustento y solidez a la jerarquía. La *auctoritas* es algo que los demás reconocen en otro, no algo que uno pueda arrogarse o que se pueda conseguir con votos; es una suerte de prestigio moral que, en el caso nuestro, descansa en el dominio de un saber. Así, cuando reconocemos a otro como una autoridad, establecemos inmediatamente una jerarquía que, ciertamente, no depende tampoco de su edad: gracias a Dios encontramos en nuestra Universidad muchos académicos jóvenes cuyo prestigio radica en su autoridad ganada a fuerza de empeño y estudio. Y esto también me alegra: no sólo admirar la autoridad de los grandes maestros, sino también reconocerla en otros menores que yo, pero brillantes y que auguran un futuro promisorio para nuestra Casa de Estudios.

Pero me preocupa, por otra parte, que en algunas ocasiones —tristes ocasiones habría que decir— los intereses mezquinos, las aspiraciones personalistas, la pequeña política, llegan a imponerse sobre el respeto a la autoridad y la jerarquía o, dicho de otro modo, éstas son violentadas inescrupulosamente, lo que supone también una nefasta confusión entre la vida académica y la política, entre los intereses comunes y los personales. Que una autoridad universitaria diga públicamente que al final "todo es política" -y no es éste un ejemplo retórico-, y que es aceptable cualquier cosa con tal de conseguir un par de votos que aseguren una posición de pretendido poder, me parece grave y escandaloso. Se podrá discutir que, con todo, la vida universitaria tiene una dimensión política, y la tiene ciertamente, en el mejor sentido de la expresión; puede ser, pero otra cosa es que aquélla contamine y se superponga a la vocación propiamente académica. Estamos construyendo una comunidad, que descansa, como dije, en la autoridad y la jerarquía, y en la búsqueda de la verdad. Un principio ético básico, que no debe ser violado jamás, es que no se puede procurar un bien provocando un mal. Formamos parte de una universidad católica, y ello implica que nuestras tareas académicas deben orientarse por principios y valores claros; cuando se trastoca la jerarquía de valores, donde a los éticos les corresponde un

primerísimo lugar, se está trastocando también la vida académica. Cuando los empeños se ponen en obstruir el progreso de buenas obras, que pueden atraer sólo bienes a nuestra Casa de Estudios, se está perdiendo el rumbo. Cuando la catolicidad de la universidad se tiene que enmudecer y casi pedir permiso para expresarse más allá del nombre de la institución, o conformarse cual slogan en un Proyecto de Desarrollo Estratégico de una Unidad Académica, pero sin concreción ninguna, se puede estar volviendo la espalda el espíritu de los fundadores y a la denominación de Pontificia, que tanto nos gusta ostentar. Mucho de esto tiene que ver con malentendidas lealtades personales y no institucionales, y cuando los intereses personales se superponen a los de la comunidad, ésta se resquebraja perdiendo finalmente su sentido e identidad. Todo eso también me preocupa. No obstante lo anterior, es menester reconocer avances significativos, como el concurso de proyectos de investigación con sello valórico implementados el último año. Enhorabuena. Es un esfuerzo que hay que valorar y que va en la dirección correcta, sin duda. Lo mismo que la creación de la Facultad de Teología, noticia que todos debemos celebrar.

Nuestra Pontificia Universidad Católica de Valparaíso es una gran institución, en espíritu y en vida académica, y me alegra ser parte de ella desde hace tanto tiempo. Ingresé a una Universidad cuya garantía de calidad eran sus profesores y su trabajo académico, su biblioteca, una gran cantidad de ex alumnos que, a lo largo del país en puestos claves de distinta índole, la prestigiaban, una universidad con una larga y profícua vida que le valió una posición señera en la cultura nacional. Todo ello todavía está en pie, y es nuestra mejor garantía de futuro. Todo ello se forjó con tesón, entrega y compromiso con el hacer bien hecho, al margen y a pesar de encuestas, estandarizaciones y acreditaciones, sin endiosar la burocracia y sin que, como dijera Cristián Warken, la cultura se vuelva la Cenicienta de la gestión que, al contrario, sólo se le necesita para que la sirva, y no al revés. Esto me preocupa, sin duda.

Pero es claro que nuestra Universidad, ténganlo por seguro, se ha estado “acreditando” desde hace más de ochenta años y confío en que, con el trabajo de todos, podrá enfrentar su centenario (que debemos comenzar ya a preparar), en las mejores condiciones, porque hasta ahora, la PUCV, con todo, lo ha hecho bien. Tenemos que trabajar duro, seriamente, comprometidos y alineados con nuestra Casa de Estudios, para que ese primer centenario sea una gran fiesta.

Permítanme concluir con las palabras de Pedro ante la Transfiguración del Señor: “Qué bueno es estar aquí” (Mt, 17,4).

Muchas gracias.

Valparaíso, 16 de diciembre de 2011

José Marín Riveros
Profesor Titular
Instituto de Historia
Facultad de Filosofía y Educación

PRESENTACIÓN ANTE CLAUSTRO PLENO 2011

Monseñor Gonzalo Duarte García de Cortázar
Obispo de Valparaíso y Gran Canciller PUCV

Presbítero Dietrich Lorenz Daiber
Vice Gran Canciller

Sr. Claudio Elórtegui Raffo
Rector

Sr (a). Sergio Salinas Marchant
Presidente del Claustro Pleno 2011

Profesoras y profesores

Hemos vivido ya dos años bastante densos, recargados, marcados por tragedias nacionales que nos hacen mirar la naturaleza y su imperio sobre nosotros de otro modo, y conflictos institucionales que nos obligan a tomar distancia para mirar la universidad, para pensarla y repensarla. Un bienio como para ser recordado. Pues así es: nos ha tocado vivir una época “interesante”. Y ocupo la expresión como lo hacen los chinos, quienes tienen esta maldición: “Ojalá te toque vivir en una época interesante”.

En lo personal, estos dos años son muy significativos, y permítanme compartirlo con ustedes. El 2010 celebré, en mi fuero interno solamente por cierto, mis bodas de plata de vida universitaria, y el 2011 hago lo mismo respecto de mi designación como ayudante de cátedra. Hace 26 años que ingresé a la entonces UCV, y hace 25 que inicié mi carrera académica, lo que significa que más de la mitad de mi vida ha estado ligada a esta querida institución, y he sido testigo de un tercio de su existencia. No es poco. Es tanto como para generar afectos, sentido de pertenencia e identidad. Cuando ingresé en 1985 al Instituto de Historia nunca imaginé siquiera que cinco lustros más tarde seguiría en ella después de haber pasado por todas las jerarquías académicas, desde ayudante alumno hasta Profesor Titular. Gran parte de lo que ahora soy, en esta mirada larga, se lo debo a esta institución. Y estoy agradecido por ello. Este aniversario personal me provoca ciertamente alegrías, pero también preocupaciones.

Me alegra que esta Casa de Estudios sea mi *alma mater*, mi madre nutricia. Le debo a ella mi formación, porque en su seno encontré verdaderos maestros que me inculcaron el valor de la vida académica, la que se puede graficar en tres palabras: *tradición, entrega y tarea*, que dan ciertamente sentido a las labores de *investigación, docencia y extensión*. Entre esos maestros, destaco al Prof. Héctor Herrera Cajas (QEPD), maestro sin igual y cuya trayectoria se confunde con décadas de vida de esta Casa de Estudios; con él tuve la oportunidad (qué digo: el privilegio) de trabajar durante diez años, hasta su sentida muerte. Y puedo evocar también a maestros como don Marco Antonio Huesbe, recientemente distinguido como Dr. Honoris Causa, o don Eduardo Cavieres, Premio Nacional de Historia, y fuera de mi Instituto a don Víctor Constanzo, a doña Giusseppina Grammatico de feliz memoria, a doña

Marianne Peronard, don Albino Misseroni, don Alejandro Guzmán Brito, don Kamel Harire, don Jorge Negrete, don Renato Ochoa, don Juan Antonio Widow, don Joaquín Fernandois, don Eduardo Godoy, doña Marina González, y cómo no mencionar al P. Jorge González, y cuántos otros que representaron y representan lo más prístino de la vida universitaria: el estudio, esto es, la dedicación, el rigor y la disciplina. En fin, toda lista es mezquina, aunque quiera ser representativa. Excusen mis omisiones. Me siento integrado a la *tradición* de la UCV, a su espíritu, a través del legado de grandes maestros que supieron transmitir los valores más preclaros de la vida académica. A ellos mi gratitud infinita.

Me alegra todo eso, pero me preocupan estas preguntas: ¿Era esta Universidad más rica en ese entonces? No. ¿Había más libros en Biblioteca? No. ¿Había más convenios internacionales? No. ¿Tenía publicaciones ISI o Scielo? No. ¿Estaba acreditada? No. Entonces, ¿era mala? Tampoco. Y entonces, ¿qué había? Pues, entre otras cosas, había más tiempo. Tiempo para pensar, reflexionar, conversar, contemplar, escuchar, estudiar, leer, tiempo para formar discípulos. En las clases, en los pasillos, en las oficinas, en un café, en un paseo a pie, y hasta en las casas. No es que sobrara tiempo, naturalmente, pero en la medida que paulatinamente nos llenamos de papelitos y formularios que rellenar, en la medida que no se valora ese tiempo de riquísimo ocio dedicado al crecimiento intelectual del uno y del otro, en la medida que nos consume la burocracia con sus pequeñas metas o sus metas pequeñas –como quieran-, en fin, así es como finalmente se va perdiendo, se va gastando, ese tiempo del que antes se disponía. ¿Dónde está el ítem “tiempo dedicado a reflexionar, contemplar, meditar, conversar y a formar discípulos” en el FAD o en la Acreditación? ¿Por qué hay que justificar cada minuto con un “producto”? ¿Eso -un "producto"- es una tesis, un artículo científico, una pieza musical, una obra de arte, un poema o un proyecto de arquitectura? A lo mejor hacemos un formulario que certifique aquello con la firma de los involucrados, un par de timbres, y con eso baste... Quizá. Y es que me resisto a un lenguaje que rebaja nuestro oficio, porque en la universidad no se produce, se crea. Me resisto a decir "paper" en vez de artículo, y me inquieta el pauperismo del "peiperismo". Todo eso me preocupa. Pero también me alegra saber que la Universidad está preocupada de valorar en forma definitiva y concreta la creación artística de sus académicos, reconociéndola como investigación. Esta es una de las grandes noticias de los últimos días. Se agradece.

A propósito del FAD permítanme un breve excursus: sostengo que es un sistema agotado y que ya tocó techo, y propongo su reemplazo por el DAF, Depreciación Académico Financiera, que consiste básicamente en subir los sueldos de todos al máximo que otorga el FAD, y por doce meses, y rebajarlo luego semestre a semestre si no se cumple con las exigencias propiamente académicas, esto es, investigación, docencia y extensión. Este incentivo, no perder lo que se tiene, pero conservándolo si se merece, puede tener efectos interesantísimos...

Me alegra pertenecer a una gran institución que, además, en los últimos 25 años he visto crecer y consolidarse. Me alegra haber conocido, gracias a un amoroso estudio de doña Etna González, el pensamiento de don Juan Gómez Millas, quien llegó a definir a la universidad como *una flecha lanzada hacia un blanco que está en el infinito*. Notable imagen. Pero me preocupa que se pierda esa perspectiva de futuro y trascendencia, y que el presentismo del ranking y la encuesta nos vuelva ciegos aunque eficientes. La universidad no debe ser ni veleta de las políticas públicas ni vacilar entre un índice tal o cual. La universidad debe estar más allá de la voluble opinión y debe procurar el conocimiento, buscar

incansablemente la verdad, única garantía de libertad: *veritas liberabit vos*. El encuestador se agota en su encuesta y el burócrata en su burocracia; la vida del académico, en cambio, no se agota nunca en la reflexión y el estudio. Ese es aquel blanco que está en el infinito. Allí radica la esencia de nuestra vocación universitaria, inmutable desde hace ocho siglos, a pesar de las reformas y reformas de las reformas. La universidad, no lo olvidemos, ha enfrentado crisis muy profundas en su larga historia.

A propósito de esto, me permito recordar que en esta tribuna hace dos años sostuve lo siguiente: “Tenemos que mantenernos alertas, atentos y vigilantes, pues la barbarie está siempre al acecho, asumiendo distintas formas: frivolidad, liviandad, trivialización, vulgaridad, intervención, relativismo, tibieza, pusilanimidad, etc. No les concedamos más espacio a los bárbaros. Todavía es tiempo”. Lo reitero ahora con fuerza, pero además, me sumo públicamente a la petición de los llamados "horarios protegidos"; yo también exijo horarios protegidos, protegidos de esa barbarie, de la flojera, la irresponsabilidad, la desidia, la pobreza verbal y la pereza intelectual, la liviandad y la inercia, en fin, horarios protegidos, sobre todo, de la tontera.

También me alegra haber aprendido en esta universidad que existen dos palabras claves para entender las relaciones entre académicos y la tradición del saber: jerarquía y autoridad. La jerarquía —y no me refiero en particular a las que regulan por reglamento la carrera académica— supone asumir que hay otros que son más que uno, por su saber, por su obra, por su antigüedad y su experiencia. Puede sonar fuerte decirlo así, pero la jerarquía supone de algún modo reverencia. Indudablemente que es la autoridad lo que le da sustento y solidez a la jerarquía. La *auctoritas* es algo que los demás reconocen en otro, no algo que uno pueda arrogarse o que se pueda conseguir con votos; es una suerte de prestigio moral que, en el caso nuestro, descansa en el dominio de un saber. Así, cuando reconocemos a otro como una autoridad, establecemos inmediatamente una jerarquía que, ciertamente, no depende tampoco de su edad: gracias a Dios encontramos en nuestra Universidad muchos académicos jóvenes cuyo prestigio radica en su autoridad ganada a fuerza de empeño y estudio. Y esto también me alegra: no sólo admirar la autoridad de los grandes maestros, sino también reconocerla en otros menores que yo, pero brillantes y que auguran un futuro promisorio para nuestra Casa de Estudios.

Pero me preocupa, por otra parte, que en algunas ocasiones —tristes ocasiones habría que decir— los intereses mezquinos, las aspiraciones personalistas, la pequeña política, llegan a imponerse sobre el respeto a la autoridad y la jerarquía o, dicho de otro modo, éstas son violentadas inescrupulosamente, lo que supone también una nefasta confusión entre la vida académica y la política, entre los intereses comunes y los personales. Que una autoridad universitaria diga públicamente que al final "todo es política" -y no es éste un ejemplo retórico-, y que es aceptable cualquier cosa con tal de conseguir un par de votos que aseguren una posición de pretendido poder, me parece grave y escandaloso. Se podrá discutir que, con todo, la vida universitaria tiene una dimensión política, y la tiene ciertamente, en el mejor sentido de la expresión; puede ser, pero otra cosa es que aquélla contamine y se superponga a la vocación propiamente académica. Estamos construyendo una comunidad, que descansa, como dije, en la autoridad y la jerarquía, y en la búsqueda de la verdad. Un principio ético básico, que no debe ser violado jamás, es que no se puede procurar un bien provocando un mal. Formamos parte de una universidad católica, y ello implica que nuestras tareas académicas deben orientarse por principios y valores claros; cuando se trastoca la jerarquía de valores, donde a los éticos les corresponde un

primerísimo lugar, se está trastocando también la vida académica. Cuando los empeños se ponen en obstruir el progreso de buenas obras, que pueden atraer sólo bienes a nuestra Casa de Estudios, se está perdiendo el rumbo. Cuando la catolicidad de la universidad se tiene que enmudecer y casi pedir permiso para expresarse más allá del nombre de la institución, o conformarse cual slogan en un Proyecto de Desarrollo Estratégico de una Unidad Académica, pero sin concreción ninguna, se puede estar volviendo la espalda el espíritu de los fundadores y a la denominación de Pontificia, que tanto nos gusta ostentar. Mucho de esto tiene que ver con malentendidas lealtades personales y no institucionales, y cuando los intereses personales se superponen a los de la comunidad, ésta se resquebraja perdiendo finalmente su sentido e identidad. Todo eso también me preocupa. No obstante lo anterior, es menester reconocer avances significativos, como el concurso de proyectos de investigación con sello valórico implementados el último año. Enhorabuena. Es un esfuerzo que hay que valorar y que va en la dirección correcta, sin duda. Lo mismo que la creación de la Facultad de Teología, noticia que todos debemos celebrar.

Nuestra Pontificia Universidad Católica de Valparaíso es una gran institución, en espíritu y en vida académica, y me alegra ser parte de ella desde hace tanto tiempo. Ingresé a una Universidad cuya garantía de calidad eran sus profesores y su trabajo académico, su biblioteca, una gran cantidad de ex alumnos que, a lo largo del país en puestos claves de distinta índole, la prestigiaban, una universidad con una larga y proficua vida que le valió una posición señera en la cultura nacional. Todo ello todavía está en pie, y es nuestra mejor garantía de futuro. Todo ello se forjó con tesón, entrega y compromiso con el hacer bien hecho, al margen y a pesar de encuestas, estandarizaciones y acreditaciones, sin endiosar la burocracia y sin que, como dijera Cristián Warken, la cultura se vuelva la Cenicienta de la gestión que, al contrario, sólo se le necesita para que la sirva, y no al revés. Esto me preocupa, sin duda.

Pero es claro que nuestra Universidad, ténganlo por seguro, se ha estado “acreditando” desde hace más de ochenta años y confío en que, con el trabajo de todos, podrá enfrentar su centenario (que debemos comenzar ya a preparar), en las mejores condiciones, porque hasta ahora, la PUCV, con todo, lo ha hecho bien. Tenemos que trabajar duro, seriamente, comprometidos y alineados con nuestra Casa de Estudios, para que ese primer centenario sea una gran fiesta.

Permítanme concluir con las palabras de Pedro ante la Transfiguración del Señor: “Qué bueno es estar aquí” (Mt, 17,4).

Muchas gracias.

Valparaíso, 16 de diciembre de 2011

José Marín Riveros
Profesor Titular
Instituto de Historia
Facultad de Filosofía y Educación